

conde Victor Alfieri, ese noble italiano tan melancólico y adusto, y que, según dicen, es tan gran poeta.

—Adelante.

—Después del paseo, la señora condesa se vestía para comer; y luego volvía á vestirse para recibir á los nobles extranjeros que cada día le presentaban, y que eran casi los mismos que hoy frecuentan el palacio.

—¿No venía también el conde Alfieri?

—Como ahora; todos los días.

—¿Salía cuando todos?

—No; antes que nadie.

—¿Por qué no querías decirme que el conde Alfieri acompañaba en sus paseos á la condesa?

—¡Oh, señor! ¡Dicen que sois tan celoso!

—¡Pobre Leopoldina! Sólo es uno celoso cuando ama; así, guárdate de tener ningún amante; ó, si lo tienes, ocúltamelo.

—Pero, señor, ya sabéis que estoy prometida al vizconde Gualtero, y que le amo.

—¡Pues le mataré!

—¡Bah! ¿Por qué? dijo la pobre niña, cuyos labios pálidos se esforzaban en formar una sonrisa.

—Porque te amo.

—¿Y mi señora?

—¡La odio! ¡Y quiero, á fuerza de malos tratamientos, obligarla á pedir el divorcio!

—¡Oh, Dios mío! ¡A ella, tan buena, tan noble,

tan hermosa! ¿Y qué lograréis con el divorcio?

—Así que lo consiga, trataré de hacer anular nuestro matrimonio bajo el pretexto de que la esterilidad de Luisa dará lugar á extinguir la raza de los Estuardos.

—¡Pero eso no es verdad! ¡La condesa ha dado á luz dos niños muertos, efecto de los disgustos que la hacéis sufrir!

—¿Qué me importa? Yo necesito enlazarme con una princesa de una casa soberana, que me ayude á colocarme en el trono de Inglaterra.

—¿Y qué queréis hacer entonces de mí?

—¡La reina de mi corazón! contestó el cínico esposo tratando de abrazar á la joven camarista.

Mas ésta, ágil como una ardilla, se le escapó de entre las manos, y corrió á encerrarse en su cuarto, donde derramó un torrente de lágrimas, menos por sí que por su infortunada señora.

V.

El conde de Albany hirió el suelo con su pie, lleno de cólera, al ver desaparecer el último pliegue del flotante traje de la dama de honor; luego empezó á pasearse por la habitación con aire preocupado.

Ya no era el hermoso joven que hemos conoci-

do el día de sus desposorios; toda la elegancia de sus formas había desaparecido, invadida por una repugnante grosura; sus ojos azules, antes tan rasgados y hermosos, estaban rojos y rodeados de hondas ojeras, producto de sus noches de orgía; su tez, encendida y salpicada de manchas y granos; su dentadura, ennegrecida por el uso continuo de la pipa, y descuidada por completo; notábase en toda su persona un no sé qué de compostura afeminada, de vergonzoso enervamiento, y de falsedad depravada y cruel.

Su pasión por Luisa había pasado muy pronto; tres meses después de su casamiento, descubrió la joven los amores de su esposo con una muchacha del pueblo, que se presentó llorando á gritos á la puerta del palacio.

Luisa la hizo entrar en su habitación, la consoló, le dió una crecida suma de dinero y buenos consejos para en adelante, y la pobre muchacha se arrojó á sus pies llamándola su ángel tutelar.

La condesa dió á su esposo tiernas y sumisas quejas de su infidelidad; él le respondió riendo y jugueteando, y la desgraciada joven olvidó bien pronto aquella injuria.

Algún tiempo después, el conde quiso ir á vivir á Florencia, y dejando su risueño castillo de las cercanías de esta ciudad, compró un palacio dentro de sus muros, y condujo á él á su esposa.

Entonces empezó una vida de desórdenes y de

conjuraciones políticas, para las cuales contaba únicamente con gente perdida, con emigrados de equívoca procedencia, y con duelistas, desterrados, expatriados por sus excesos.

Luisa le vió pasar muchas noches seguidas fuera de su casa; le vió volver embriagado y conducido por dos de sus infames amigos; sufrió que tuviese citas con sus queridas dentro de su mismo palacio; y convencida de que ni sus quejas ni sus convenciones podrían cambiar aquella grosera naturaleza, se resignó á sufrir y á permanecer retirada en su habitación la mayor parte del día, acompañada de su aya y de sus dos damas de honor.

Las empresas del príncipe abortaron todas, debiendo el no ser encerrado en un castillo para toda su vida, á la consideración que el Gobierno inglés tenía á su regia cuna; sus agentes le estafaban, y validos de la nulidad de su talento, le hacían creer absurdos que jamás debía ver realizados; cuando le suponían próximo á irritarse contra ellos, le llevaban á una cena crapulosa, ó á una casa de juego, y allí apagaban el ardor de su cólera con el cansancio de nuevos excesos.

Dos años pasaron en tenebrosas conspiraciones y en vergonzosos placeres y, durante ellos, Carlos Estuardo conservó hacia su mujer, si no cariño, al menos cierta consideración.

Cuando la vió próxima á ser madre, pareció reanimarse en él un sentimiento más noble, y hubié-

rase dicho que le agradecía la perpetuidad de su nombre.

Poco antes de dar á luz la condesa aquel hijo tan esperado, volvió Carlos á su palacio cerca del día, conducido por dos de sus comensales, y herido en la cabeza por un vaso, que un convidado ebrio le había arojado en el calor de una disputa; venía tan espantoso, tan cubierto de vino y sangre, tan desfigurado, en fin, que el corazón de Luisa tembló en su pecho, y cayó ésta sin sentido, dando un grito penetrante.

Al día siguiente dió á luz un niño muerto.

Cuando el conde volvió en sí, y le enteraron de ocurrido, fué al cuarto de su esposa, y tuvo la crueldad de injuriarla con groseras reconvenciones; pero Luisa se incorporó en su lecho, blanca, severa y helada, y le dijo estas solas palabras:

—Carlos, la muerte de mi hijo ha apagado mi amor hacia vos; ¡dejadme!

El corazón del príncipe tembló al oír estas palabras. Luisa era su ángel bueno, y le abandonaba.

Durante algún tiempo, cambió de vida, y Luisa creyó en su arrepentimiento.

¡Pobre niña! ¡No sabía con quién estaba unida, ni quién era el hombre á quien, á pesar suyo, amaba todavía!

El conde volvió á su vergonzosa vida; para ser feliz en su apacible retiro con la hermosa, con la

angelical Luisa, se necesitaba otra inteligencia más elevada que la suya, otro corazón más sensible, otra alma más tierna; pero el conde carecía enteramente del sentimiento de lo bello; las artes no decían nada á su imaginación vulgar; odiaba la lectura y, como rico y gran señor, no reconocía tampoco obligaciones forzosas.

Un año después, y próxima Luisa á ser madre por segunda vez, se retiró á su castillo señorial, para dar á luz al ilustre vástago de los Estuardos; las casas reales de Inglaterra, de Francia y de Toscana, habían despachado sus embajadores para asistir al parto de la princesa; los Países-Bajos habían enviado ricos presentes para el recién nacido, y las cortes de Roma y de Borbón habían nombrado su servidumbre: Carlos Estuardo era rechazado por los ingleses por su nulidad y sus vicios; pero todo anunciaba que muchos acataban en su sucesor al heredero del trono.

Luisa esperaba á su hijo rogando á Dios que no se malograra; una noche que le esperaba leyendo en su libro de oraciones, oyó parar un coche á la puerta del castillo; era cerca de la una, y Luisa creyó fundadamente que sería su marido; pero su sangre se heló en las venas, al oír á su aya disputar con una mujer, que al fin se precipitó en su cuarto pálida y desgrefñada.

Era la condesa Giovanna Vassi, dama de su esposo, y conocida por tal públicamente.

La condesa era alta, morena, varonil y parecía poseída de una violenta cólera.

—¡Se ha escapado!—gritó como una hiena— ¡ha huído!

Luisa calló; tenía seca la garganta y no había sonidos en su pecho.

—¡Pues qué! señora—continuó la condesa;— ¿sóis de marmol? ¡El príncipe ha huído á París con la bailarina Floriana! ¡Vamos, vos que podéis, enviad en su busca! ¿No tenéis soldados, escolta, lacayos, coches? ¿En qué pensáis?

Luisa se puso lívida; abrió mucho sus grandes ojos negros; viéronse brotar en su frente menudas gotas de un helado sudor; crispáronse sus manos, tembló horriblemente, y luégo gritó con un acento arrancado del alma:

—¡Mi hijo ha muerto!... ¡Dios maldiga á su asesino!...

Cruzó con fuerza sus manos sobre su seno, como para retener el postrer aliento de su hijo que agonizaba en sus entrañas, y cayó rígida y pesadamente en los brazos de la condesa Giovanna, que en aquel momento hubiera deseado que la tragase la tierra.

VI.

La camarera mayor, ó aya de la princesa, escribió á Carlos la muerte prematura de su hijo y el estado de desesperación de Luisa, un mes después de la noche fatal en que sintió morir en su seno á la pobre criatura; pero el conde, preso en las redes de Floriana, y habiendo perdido otra vez la esperanza de ser padre, permaneció un año en París, al cabo del cual, arruinado por la bailarina y por el juego, volvió á Toscana.

Al ver á Luisa, no pudo menos de estremecerse: no era ya más que la sombra de la deslumbradora belleza que la había hecho célebre en toda la Europa; su tez tenía la diáfana blancura del nácar, y sus grandes ojos estaban apagados, como los de todas aquellas personas que han sufrido mucho, pareciendo más grandes por su extremada falta de carnes.

Sin embargo, aun era muy bella; su rostro, tan puro como un camafeo antiguo, estaba guarnecido de gruesas y apretadas trenzas de cabello rubio: notábase en toda su persona, y en sus actitudes llenas de una adorable gracia, la resignación hacia la voluntad de Dios, y la inefable serenidad de la conciencia.

Luisa apenas contaba veinte y seis años y ya no tenía amores ni ilusiones, viviendo, desde hacía ocho meses, de la inteligencia y de la devoción.

Al entrar su marido en su habitación, quiso abrazarla; más ella se puso en pie, y rechazándole con dignidad:

—Apartad, señor—le dijo—todo ha concluído entre nosotros; desde hoy, somos extraños el uno para el otro; seguid vuestro camino, y dejadme seguir en paz el mío, seguro de que jamás mancharé, á ejemplo vuestro, el nombre real de los Estuardos.

El príncipe se retiró avergonzado y confundido, mas bien pronto volvió á su desastrada vida, y las partidas de caza alternaban con los convites en Florencia y con las juntas sediciosas y secretas.

Mas al fin llegó á perder completamente las esperanzas de reinar: la Inglaterra le odiaba: aquella nación severa, justa, rígida, no podía apreciar las pretensiones del príncipe Carlos: entonces todo el enojo de éste se volvió contra su santa é irreprehensible esposa: arrepintiése amargamente de haberse unido á ella; y creyó que, si se hubiera enlazado con una princesa de una familia reinante, ésta le hubiera dado tropas y recursos para conquistar el trono de sus abuelos.

Cuando acompañaba alguna vez á su esposa en público, había observado que la miraba con una atención sostenida y constante un hombre de hermosa figura, pero de fisonomía adusta, y que pa-

recia tener de veinte y ocho á treinta años; había tomado en el teatro el palco que daba frente al de los príncipes, y sus fogosos ojos negros no se separaban un instante del bello y melancólico semblante de la condesa.

Carlos se informó, y pronto supo que aquel hombre era el conde Víctor Alfieri, conocido como gran poeta: dos años hacía que había dado al teatro de Turín su tragedia *Cleopatra* y su comedia *Los poetas*, obteniendo una y otra un triunfo completo: ocupábase entonces de su excelente traducción de *Salustio*, había concluído su magnífico *Tratado contra la tiranía*, y sus ardientes odas á la *Revolución de la América septentrional*, y ya había leído delante de la nobleza sus tragedias *Virginia*, *Antígona*, *Bruto* y *Mirrha*. En suma, Alfieri era una de las personas más distinguidas de toda la Toscana por su noble cuna, y aun más por su extraordinario talento.

Al mismo tiempo advirtió Carlos el inmenso amor que sentía hacia su esposa el gran duque: este noble y desgraciado príncipe luchaba hacía cinco años con su violenta pasión, la cual, y á despecho de sus esfuerzos, empezaba ya á romper sus diques.

Una malvada alegría inundó el alma del príncipe: á través de aquellas pasiones contenidas, pero tumultuosas, veía el divorcio: ¡el divorcio, su sueño dorado! Dispuso una partida de caza, y se

ausentó por dos meses para dejar á su esposa con toda libertad.

A su vuelta quiso hallar una distracción en sus relaciones con Leopoldina; pero la joven camarista le tenía un verdadero y profundo horror.

En vano esperó el conde que su esposa faltase, como él, á las leyes de la virtud y del honor: ya hemos visto por la relación de Leopoldina el método de vida que seguía: su amable cortesía con el gran duque y con Alfieri no había llegado á inspirarles la menor esperanza: la condesa recibía á muchas personas, con especialidad á todos los extranjeros distinguidos que atravesaban los Alpes: su afabilidad, el encanto de su conversación y la elegancia de sus modales atraían á su casa á muchos personajes ilustres y lo más escogido de la sociedad de Florencia.

El célebre Alfieri rehusó durante mucho tiempo ser presentado á la condesa de Albany; conocía el irresistible encanto de esta mujer, y no quería sujetarse al yugo del amor; mas al fin, vencido por su pasión, consintió en ir á su casa, dejando para siempre á los pies de la condesa su corazón y su libertad.

VII.

Poco después que Leopoldina hubo salido corriendo del salón donde se hallaba el conde de Albany, suspendió éste su paseo, y dándose una palmada en la frente, como una persona á quien ocurre un pensamiento feliz, se dirigió á la habitación de su esposa, situada en la sala opuesta del edificio, al tiempo que daban las nueve en el reloj de palacio.

Luisa estaba ocupada en una labor de tapicería: una lámpara de plata, colocada sobre una mesa de pórvido, iluminaba su dulce y poética figura.

Llevaba un traje de raso azul, guarnecido de preciosos encajes, y un rico aderezo de perlas: sus cabellos rubios, levantados en bucles sobre su frente, estaban ligeramente cubiertos de polvos perfumados y entretnejidos con una graciosa sarta de perlas, que formaba parte del aderezo y que tenían un tamaño muy notable.

La estancia estaba profusamente iluminada, pues Luisa era una de esas pocas mujeres que jamás olvidan lo que se deben á sí mismas.

—Señora—dijo Carlos entrando sin ceremonia y arrellanándose en un sillón;—señora, vengo á decir que estoy cansado de vos y que quiero que nos divorciemos.

Luisa miró á su esposo y conoció, en su semblante encendido y descompuesto, que hacía poco que había cenado; por lo mismo, pues, bajó la cabeza sobre su bordado, y no contestó.

—¿No me oís?—repuso el príncipe;— os quiero dejar en libertad con vuestro amante el conde de Alfieri.

Palideció Luisa al escuchar este nombre; realmente amaba al ilustre poeta, y aquella pasión se había deslizado traidoramente en su corazón vacío.

—Yo no quiero separarme de vos, señor—respondió con moderación;— no busquéis pretextos deshonorosos para vos y para mí con el objeto de romper nuestro matrimonio: ya os dije que guardaría puro vuestro nombre.

—¡Es que yo no quiero vivir con vos!

—Ni yo con vos; pero me parece que vivimos bastante separados.

—¡Quiero ser libre!

—¡Lo sois! ¿Os pido yo cuentas de vuestras acciones?

—Ni yo de las vuestras.

—Hacéis mal; yo puedo dáros las muy cumplidas: preguntad.

—¿Amáis al conde Alfieri?

—¿A qué viene esa pregunta?

—¿Le amáis?

Básteos saber que no os amo á vos; y sobra que

os asegure que conservo y conservaré puro de toda mancha vuestro nombre.

—Es que quiero librarme de vuestra presencia, señora, ¿lo oís?

—Marchaos como habéis hecho otras veces; yo no os lo impido.

—Marchaos vos, en tanto que entablo el divorcio.

—Yo no quiero dejar mi casa ni divorciarme—respondió Luisa con firmeza y haciendo un ademán que quería decir daba por terminada la conversación.

—¡Hola! ¡Me desafiáis!—exclamó el conde que, en el paroxismo de su furor, no oyó entrar un coche en el patio.

—No os desafío—respondió Luisa tranquilamente;—pero sí os digo que no me sujetaré á un divorcio para el cual no he dado la menor causa.

—¡La daré yo, pues!—repuso el conde con la fría y grosera dureza que le era habitual; y, cogiendo un jarrón de china de encima de la mesa, le arrojó con fuerza á la cabeza de Luisa.

Un raudal de sangre cegó á la desgraciada joven, que abrió los brazos, dió un grito y cayó al suelo sin sentido.

En el mismo instante se abrió la puerta del salón, y aparecieron en el umbral el anciano príncipe de Stolberg y el cardenal de York, hermano mayor de Carlos.

El anciano tomó á su hija en sus brazos y la sacó de la estancia.

El cardenal se dirigió á su hermano, que le miraba con estúpidos ojos, le puso una mano sobre el hombro y con voz fuerte le dijo:

—¡Príncipe Carlos, sois un villano! ¡Nunca os sentaréis en el trono de vuestros padres! Dios jamás os ayudará en vuestras empresas, y moriréis... como habéis vivido...

Anonadado el conde, cayó á los pies del ministro de Dios.

—¡Príncipe! —continuó el cardenal, —¡me llevo á Luisa, tu ángel bueno, no como divorciada, sino como reclamada por el Pontífice, que la arranca á tus malos tratamientos y le da por asilo mi palacio! ¡Así se hará publicar por todo el orbe cristiano! ¡Ahora que Dios tenga piedad de ti!...

Salió el cardenal apenas hubo pronunciado estas palabras; cayó Carlos con la frente contra el suelo, teñido aún con la sangre de su esposa; mas, en medio de su estupor, oyó el rumor del carruaje que se alejaba llevándose á Luisa, á su padre y al severo é imponente cardenal de York.

Entonces alzó los ojos y las manos al cielo y gritó con agustia:

—¡Solo!! ¡solo!!... ¿En dónde están los hijos que maté?...

VIII.

La separación de la princesa Estuardo del domicilio conyugal, sancionada y llevada á cabo por el mismo Pontífice, aumentó la triste celebridad que ya había debido á las desgracias de su matrimonio.

Luisa fué depositada en el palacio de su cuñado el cardenal de York, donde bien pronto vió al conde Víctor Alfieri.

El cardenal, á pesar de su carácter severo y verdaderamente augusto, no pensó en prohibir á Luisa el trato amistoso que, desde hacía seis meses, seguía con el gran poeta; conocía la grandeza de alma de aquella noble mujer y sabía que aquel puro amor no necesitaba, para vivir radiante é inextinguible, del sacrificio de su honra.

Cuéntase que habiendo reconvenido el Pontífice al cardenal acerca de su tolerancia respecto de aquellos amores, le contestó éste con nobleza:

—Señor, en tanto que la princesa, mi hermana, consienta en abrigar su cabeza bajo mi techo, en tanto que Alfieri me dé la mano, no ha nacido en sus corazones un pensamiento culpable.

Un año después de estar en Roma, leyó Alfieri, delante de algunos nobles, su tragedia *Bruto*, que produjo algún descontento en varios de los oyentes

y que removió muchos terribles odios de familia; denunciaron al autor al Pontífice; hubo quejas é intrigas; y habiendo coincidido con estos incidentes las tentativas del gran duque de Toscana para separar á Alfieri de Luisa, á la que amaba cada día con más frenesí y menos esperanzas, el gran poeta fué desterrado de Roma.

Partió Alfieri, y fué á refugiarse á Francia; en París escribió sus tragedias *Saul*, *Agamemnon*, *Bruto II*, *Agís*, *Timoleón* y *María Estuardo*; pero su carácter, siempre sombrío y receloso, y su salud, que nunca había sido buena, se resintieron mucho de la ausencia de la condesa; esta mujer ejercía en él una influencia irresistible; su dulce voz calmaba todos los dolores de Alfieri; su sola vista amenguaba todos los arrebatos de su ira, que era terrible; de ella recibía su inspiración, y sin ella su genio moría, y su alma se cubría de tinieblas.

La condesa de Albany, informada de lo que ocurría, por el pintor Fabre, joven de gran ingenio y amigo íntimo de Alfieri, pidió permiso al Pontífice para retirarse al convento de la Anunciatta de Nancy; conocía bien el alma grande y sublime del poeta, y estaba persuadida de que le bastaba saber que ella vivía bajo el mismo el cielo, y poderla ver de vez en cuando, aunque fuese tras de las rejas de un convento.

Nueve años permaneció allí Luisa; durante ellos, el gran duque pudo, por fin, ahogar la llama que

por tanto tiempo había alimentado, pues no es cierto que vive el amor sin correspondencia; y siguió Luisa su vida pacífica, laboriosa y ocupada en las artes y en las letras, á las cuales tenía mucha afición.

En nada se había alterado la dulzura angelical de su carácter; pasó de la primavera al estío de la vida, sin que su belleza ni su índole sufrieran ninguna variación sensible; sin embargo, su corazón recibió rudos golpes; cuatro años hacía que se hallaba en el santo asilo que había elegido cuando tuvo que salir de él para recoger el último adiós de su padre, que la llamaba desde su lecho de muerte.

Luisa padeció mucho en esta prueba cruel; la vida del anciano había sido abreviada por el sentimiento del martirio de su hija, y ésta vió alzarse en su alma un remordimiento eterno por no haber estimado en lo que valían los consejos de su buen padre, antes de su desgraciado matrimonio.

Al cumplirse nueve años que estaba en el convento, recibió una carta que decía así:

«Señora: próximo á comparecer ante el Tribunal Supremo, necesito alcanzar el perdón de V. A.; yo sé que me lo concederá, porque conozco toda la nobleza de la hermosa alma de V. A. y porque se acordará del afecto que le profesaba su pobre Leopoldina.»

«Señora, poco tiempo después de tomar el sobe-

rano Pontífice á V. A. bajo su protección, y llamado el primer remordimiento de S. A. el príncipe vuestro esposo, tuve la debilidad de ceder á sus ruegos, ó mejor dicho, á sus persecuciones; consiguió del gran duque el destierro de mi prometido el vizconde Gualtero, el cual ha permanecido ocho años en país extranjero, y padeciendo las crueles penalidades de la proscripción.»

«Pero hace dos días que escapó del castillo en que estaba encerrado, y llegó á Florencia; penetró en el palacio de V. A. y hundió un puñal en mi pecho...»

Luisa, al llegar aquí, interrumpió la lectura, palideció, y hubiera caído al suelo, á no ver entrar en su habitación á la abadesa seguida de un correo del Pontífice.

—Señora—dijo la abadesa;—un enviado de S. S. para V. A.

El correo puso una rodilla en tierra, y entregó á la princesa un pliego sellado con las armas pontificales.

Luisa le abrió y leyó lo que sigue:

«A la princesa Luisa de Stolberg, nuestra muy amada hija, salud.»

«Sois libre; un puñal vengador ha puesto fin á la culpable existencia del príncipe Carlos.»

«Adjuntos son los títulos de donación de una renta de 60.000 francos anuales que la corte de Francia me ha concedido para vos.»

El correo del Pontífice traía también otra carta del cardenal de York, concebida en estos términos:

«Carlos ha muerto, mi querida hermana; el mismo puñal que ha dado muerte á la infeliz Leopoldina, ha atravesado también su corazón.»

«Sois libre de vivir desde hoy donde os parezca y libre asimismo en todas vuestras acciones; pero si creéis deberme algo, si me amáis, os ruego que no dejéis nunca el título de princesa de Estuardo que tanto habéis sabido honrar.»

«Os bendice y os abraza vuestro hermano

EL CARDENAL DE YORK.»

Luisa volvió á tomar la carta de Leopoldina, que concluía así:

«Y hundió un puñal en mi pecho, sepultándole después en el príncipe Carlos, á quien dejó sin vida...»

Luisa cayó de rodillas y oró por los culpados, derramando abundantes lágrimas de un verdadero dolor.

IX.

La princesa pasó los primeros meses de su luto en el convento; después se trasladó á París, donde se unió á Alfieri con los lazos del matrimonio, bajo la condición expresa de que su unión había de per-